

Javier Claire Cobarruvias entrevista a Víctor Montoya, escritor boliviano residente en Suecia

## El Tío de la mina se universaliza en Europa

Tiene una voz firme que le da una contundencia especial a sus palabras. Se viste de manera muy pulcra. Es ermitaño por definición, pero al mismo tiempo un buen conversador cuando se encuentra con los amigos. Ejerce el periodismo cultural, con publicaciones en Latinoamérica, Europa y Estados Unidos. Es escritor prolífico, y quien escriba su nombre en un motor de búsqueda en Internet, quedará sorprendido al encontrar una cantidad considerable de sus escritos.

(Primera de dos partes)

Nuestro entrevistado comenzó su andanza literaria en los '70 y logró, mediante su escritura, elaborar una multiplicidad de mundos gracias a su fantasía desbordante. Me refiero al escritor boliviano Víctor Montoya, quien reside en Suecia desde 1977. Sus dos últimos libros, «Entre tumbas y pesadillas» y «Fugas y socavones», fueron publicados el 2002. Montoya establece paisajes imaginarios, traza dibujos con el bolígrafo y pinta las frases de acuerdo al texto. Escribe desde el fondo del alma y ante todo, por una necesidad existencial. A pesar de la distancia que lo separa de su país, escribe con el corazón puesto en Bolivia en general y el mundo minero en particular.

Desde 1987, bolivianos residentes en Suecia han logrado una copia en miniatura del Carnaval de Oruro, producto de la corriente migratoria que traen consigo y la necesidad vital de mostrar su identidad y sus expresiones culturales. Este evento les permite lucir danzas, trajes, coreografías originales y música, y deleitar al público de una manera sorprendente. Tienen en su poder una estatua de la Virgen del Socavón, Patrona del Carnaval de Oruro, que llegó con los españoles, apareció pintada en las faldas del cerro Pie de Gallo y, a medida que pasó el tiempo, se edificó una capilla para que los mineros y otros devotos le rindan adoración. Según el historiador Josemo Murillo Vacarezza, el culto a la Virgen del Socavón se inició en las últimas décadas del siglo XVI.

El Santuario de la Virgen del Socavón es el más insólito de Bolivia. En febrero del año pasado, cuando me encontraba de vacaciones en esa ciudad, pude observar que en el lado norte del Santuario está el altar de la Virgen y en el otro extremo el Museo Minero. Una bocamina que, con 120 metros de profundidad, conduce hacia el Tío de la Mina, entre otras cosas. Los danzantes del Carnaval rinden, entonces, su homenaje a la Virgen del Socavón e implícitamente al Tío, precisamente las dos figuras centrales que originaron el Carnaval de Oruro.

Víctor Montoya trajo a Suecia la estatua del Tío, deidad mitológica tan adorada por los trabajadores del subsuelo boliviano. Así es cómo en Suecia, el Tío de la mina pasa a formar parte del Carnaval boliviano fuera de sus fronteras. Este personaje de aspecto diabólico, a fuerza de insistir con su presencia, se va universalizando. El Tío ayuda a quienes le rinden pletesía y castiga a los burlones de su poder. El Tío protege la veta mineral y la vida de los mineros. Con sus ojos saltones y sus cuernos alambicados, es la luz de los socavones y alumbra teodolitos, guardatojos, carretillas, perforadoras, dinamitas, barrenos y otros.

¿Podrías contarnos cómo surgió la idea de traer a este personaje del subsuelo boliviano hasta Suecia?

La idea me asaltó hace ya muchos años, pero se concretó cuando empecé a escribir mi libro "Cuentos de la mina", cuyo personaje central es el Tío, una deidad que, en realidad, me fascinó desde cuando lo vi por primera vez en la mina de Siglo XX, aparte de que mi abuelo, conocedor de las minas y sus tradiciones, alimentó mi fantasía con este ser demoníaco desde que tengo uso de razón. Además, como a cualquier otro boliviano que emigra al exterior, cargando en su bagaje su cultura y sus costumbres ancestrales, se me ocurrió traerlo al Tío a Suecia. Por mejor decir, pedí que me lo enviaran bien envajado desde las entrañas mismas de la Pachamama, para contrastar y completar el mosaico religioso de los bolivianos, quienes trajeron anteriormente a la Virgen de Copacabana y a la Virgen de Urkupiña, a quienes, con todos los ritos de rigor, las sacan en procesión anualmente por las



Víctor Montoya y el Tío de la Mina

calles de las distintas ciudades de Suecia, donde se dan cita los bolivianos para declararles su fe y rematar en una sonada fiesta, que no deja de impresionar a propios y extraños, en un país nada menos que de religión protestante y poco proclive a las supersticiones. Por otro lado, el Tío no sólo representa al ángel que se rebeló contra la palabra de Dios, sino que, como todos los elementos del sincretismo cultural y religioso, forma parte del mestizaje boliviano. No hay personaje más representativo que él para simbolizar el paganismo ancestral de las culturas ancestrales y el catolicismo occidental llegado a América tras la circunnavegación de Colón y sus sucesores. El Tío, en la mitología andina y la tradición minera, es un ser tan importante como lo es la Virgen del Socavón en el mundo católico.

Quiénes te leemos en Liberación, nos damos cuenta que el Tío te acompaña en tu apartamento y, con sus ojos de Lucifer y gracias a sus poderes mágicos, te desafia a buscar la veta que nunca encontré. ¿Cómo gestiona una conversación con el Tío?

Es cierto que el Tío convive conmigo. Es el testigo de mis quehaceres y el compañero que me acompaña en mis horas de escritura. Me basta mirarlo una sola vez para luego entablar una conversación que surge de manera espontánea, a partir de temas o sucesos que se presentan a diario. El Tío, en realidad, no habla, aunque esa es la impresión que tiene el lector cuando lee los textos que publico en la prensa. Soy yo quien, a modo de soliloquio o monólogo, invento la conversación. El Tío es sólo un medio eficaz que, con un gran sentido del humor, me permite decir muchas verdades y algunas mentiras. Me sirvo de él como Cervantes se sirvió de don Quixote o Quino de Mafalda para criticar los prejuicios sociales y raciales o, simple y llanamente, para abordar temas controvertidos en nuestra sociedad, como es la misma religión y sus diversas interpretaciones morales y éticas. El Tío, que según mis descripciones conserva su aspecto de Lucifer y su lucidez mental durante la conversación, me da la opción de decir cosas que no las diría en otro contexto y, lo que es más importante, el Tío observa y analiza los temas desde su propia perspectiva, que es la perspectiva del crítico irreverente y del contestatario que cuestiona los sistemas de poder, ya sea políticos, económicos, culturales o religiosos.

El Tío es un personaje que siempre ha estado

rodeado por la oscuridad de la mina. Los escritores suelen escribir de noche. Fernando Pessoa decía que sus escritos eran hijos del insomnio. ¿Las conversaciones que entablas con el Tío, son también criaturas del insomnio?

Es natural que el Tío, como todo soberano de las tinieblas, esté acostumbrado a vivir en la oscuridad, y por qué no en el silencio y la soledad; por eso mismo, pienso que no hay mejor personaje para un escritor de vida casi ermitaña y poco dado a las actividades públicas que el Tío de la mina, quien, lejos del mundanal ruido, habita como Minotauro en el laberinto de los socavones. Es cierto que muchos autores prefieren escribir de noche, aunque éste no es exactamente mi caso, debido a que correspondo a la categoría de quienes escriben como oficinistas. No obstante, hay días en que me pilla el insomnio y no tengo otro remedio que levantarme a conversar con el Tío, quien siempre está dispuesto a tomarse un trago y fumarse un cigarrillo, mientras habla con ingenio de sus andanzas y sus disputas con los falsos profetas.

Supongo que a tu personaje, de parajes extraños y de figura diabólica, le alimentas con aguardiente, cigarrillos, lejía, serpentina, mixtura, con hojas de coca (si por el acaso las tienes) y todo lo que le gusta. Porque de lo contrario, pondrá en tinieblas tu casa y hará volar cuchillos, tijeras, alambres de luz y todo metal cortante. Y, aunque te vayas a quejar a las autoridades vikingas, nada volverá a su origen.

Qué pregunta, eh (risas). Uno de los atributos del Tío, además de su aspecto demoníaco y su enorme falo, es su gusto por la ch'alla (ceremonia religiosa de ofrenda y sacrificio) y los excesos pecaminosos del Carnaval. Los mineros, cada vez que pujan (mascan hojas de coca) en el paraje del Tío, le ofrendan la hoja sagrada, aguardiente y cigarrillos. Y antes del Carnaval le rinden culto adornándolo con mixturas, confites y serpentina, y le preparan un convite, que es una suerte de banquete, donde abunda la comida, la bebida y el baile. Los mineros y sus familias sacrifican en su honor un gallo blanco, una llama o un cordero, con cuya sangre riegan las rocas en agradecimiento al Tío y a la Pachamama. En fin, el Tío es un ser a quien le gusta la buena vida y la poca vergüenza. Para que el Tío cumpla con su función de benefactor necesita que lo trates con respeto y mucho afecto. Sólo así te concede lo que le pides. En Suecia, debido a muchos factores, no se le puede ofrendar todo lo que necesita, pero si tiene lo necesario, también su coquille. De lo contrario (risas), hay el riesgo de que me castigue de manera despiadada, haciendo volar por los aires todos los objetos que toque con su mirada chispeante. Debo aclararte que el Tío, así como es rencoroso y vengativo cuando lo tratan mal, es también dadivoso y bondadoso cuando lo tratan bien. Los mineros, por ejemplo, le rinden pletesía y le entregan ofrendas para que les proteja de los peligros y les conceda los mejores flones de estaño, pues creen que él no sólo es el soberano de las profundidades, sino también el dueño de las riquezas minerales concentradas en el vientre de la Pachamama. En él depositan su fe y su esperanza.

(Continuará)